Año VI La Plata, 2ª quincena de Agosto de 1923 Núm. 103

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

IDEAS

Suscripción mensual 0.20
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal | Editada por la Agrupación del mismo nombre | Administrador: Risto Stoianovich

Para entre nosotros

(FRAGMENTO)

Las diversidades de opinión deberían de solucionarse siempre del modo más objetivo imaginable y sin ataques personales ni difamaciones, sobre todo entre camaradas del mismo movimiento, que están juntos siempre en sus luchas y aspiraciones. Apenas se introducen disputas personales y pequeños embrollos en las recíprocas discusiones, es empañado todo honesto reconocimiento y roto el puente de la reconciliación. Allí donde podía tener lugar un fructífero cambio de ideas, se instaura la negra desconfianza, y si los hombres son desconfiados entre sí, desconocen los mejores y más nobles motivos del supuesto adversario y se hacen injustos en su juicio.

Nos combatimos por mil pequeñeces y amontonamos repeticiones a las repeticiones. Expresamos nuestra cólera y llamamos a eso principios, y nos admiramos además si tales comportamientos quitan a los mejores de entre nosotros, la alegría del trabajo.

No debemos poner cada palabra en la balanza de precisión y hay que juzgar a los hombres más según sus motivos que según sus palabras superfluas, pero debemos cuidarnos de llenar a nuestros semejantes con reproches insignificantes y con inútiles ofensas que se clavan como un aguijón venenoso en el alma y matan toda posibilidad de entendimiento amistoso. Busquemos siempre los defectos ante nuestra puerta y guardémonos de acecharlos únicamente ante las de los demás.

El ideal debe servirnos ya ahora como guía ética de nuestra vida diaria y dar una nueva impresión a las relaciones entre nosotros y nuestros semejantes.

RODOLFO ROCKER.

Afirmemos la libertad

Vamos subiendo la empinada cuesta de la vida, y en esta dolorosa ascensión hacia la cumbre de nuestros ensueños, tenemos un único deseo, anhelamos una sola cosa: afirmar la libertad. Cada paso nuestro significa un avance en la senda libertaria, como cada grito que profieren nuestros labios es un toque a rebato que llama al pueblo esclavizado a pelear por una sola cosa: por la libertad. Y es que, ésta es la sola razón de ser de nuestras actividades en el campo de la propaganda ideológica, en el terreno de la lucha social.

Todo lo que no sea combatir el principio de autoridad en sus diversas manifestaciones, que equivale a buscar la cabeza del minotauro social para asestarle recios mazazos en la misma, no nos satisface, no puede colmar nuestros deseos; porque sabemos que la autoridad es el bacilo destructor del organismo social, el agente transmisor de los dolores que aquejan a la especie humana, la causa generadora de la esterilidad volitiva.

Nosotros no queremos la inversión de los valores sociales, como pretenden determinados *políticos avanzados*, y los partidarios de la *civilización sindicalista*, no; queremos romper las tablas que contienen dichos valores, porque nos resulta odioso todo aquello que sea calco de la presente organización social; anhelamos la libertad integral de los seres humanos, y para la consecución de este fin es necesario destruir todas las articulaciones del nuevo organismo social burgués, porque tras la revolución triunfante, las necesidades del pueblo serán las que determinarán las articulaciones del nuevo organismo libertario, las que crearán los nuevos órganos de convivencia social.

Pero pleguemos nuestras alas cerebrales que pretenden volar hacia el futuro, y posemos los pies en el medio que nos circunda, en la vida diaria, en la realidad presente; es aquí donde debemos clavar la bandera de afirmación libertaria.

La autoridad en todas partes donde haga su aparición, inculca en los cerebros la obediencia, reduce el libre desenvolvimiento a su más mínima expresión, aniquila la vitalidad de la especie humana; y a pesar de que diariamente constatamos estos resultados por doquier, a veces no tenemos la suficiente audacia para traspasar los umbrales de cualquier sindicato, plantarnos en medio de la muchedumbre obrera y gritar fuerte y claro, que allí se ventilan cuestiones nimias de salarios y cotizaciones, olvidando el grande, el trascendental problema de la libertad; que no queremos el arrebañamiento de los hombres que obedecen automáticamente las órdenes de determinados pastores, sino que amamos la rebeldía y la desobediencia a las normas arcaicas, convertidas en ley, que se estilan en los sindicatos; en una palabra, decirles a todos aquellos que quieran oírnos, que somos enemigos irreductibles, tanto de la autoridad estatal, como de aquella que trata de incubarse en el seno de cualquier organización proletaria; que nuestra afirmación libertaria consiste en esto: en practicar la libertad hasta donde nos sea posible, en todos los momentos de nuestra vida, renunciando a las prácticas autoritarias que desnaturalizan las ideas anarquistas que decimos profesar.

Esto es lo que queremos nosotros. Que la idea anarquista se clave como una saeta en el cerebro del hombre, para que después este sepa guiar sus pasos por el camino de la libertad. Seamos siempre los leñadores que talan el bosque autoritario. Miremos siempre a la raíz del árbol de la tiranía que tratamos de derribar, y al descargar sobre él nuestro golpe de hacha, que éste sea un grito de afirmación de la libertad.

Crucemos la vida como dignos y libertarios luchadores, combatiendo a todos los autoritarios que nos salgan al camino.

Sea nuestra misión combatir el actual sistema social que se basa sobre la fuerza organizada.

Por la dignificación de la vida humana, ¡afirmemos la libertad, compañeros!

FRANCISCO MARTINEZ.

Chabás.

NUESTRO EDITORIAL

La sociedad burguesa

Como el gris sucio del tiempo y de la hora en que escribimos estas líneas, es la sociedad burguesa. La llovizna que cae, azotándose impávidamente sobre los rostros, es la indiferencia de todos para el dolor que clama por el consuelo o por la justicia.

El cierzo frío, que se cuela por todos los agujeros, atraviesa las carnes y estremece los tuétanos, es el odio sin fin que gracias a las desigualdades del medio, se alberga en cada pecho como un áspid siempre dispuesto para la ponzoñosa mordedura.

El barro chirle de la calle pública, que pisotean hombres y bestias, y sobre el cual caen salivas y excrementos, somos nosotros, los desheredados, indignos de una mirada compasiva, motejados a cada instante con los más duros dicterios, sólo tenidos en cuenta para los símiles más groseros, para las befas más hirientes y los más inauditos atropellos.

Y la noche sin estrellas, fría, ventosa y húmeda, que ha tornado más antipático y mísero el ambiente, es el glacial egoísmo, torvo, sórdido, cruel, que va en los corazones suprimiendo con lentitud letal, la diástole y la sístole potentes que han irrigado de generosidad, las venas de los santos y los mártires, de los héroes y de los apóstoles.

Y estamos en la noche. La vida se desliza mansa y triste como un agua cargada de residuos por un cauce sin accidentes. ¿Quién habla del dolor? Los que comprenden, los que han visto a la luz de la conciencia todo el horror sin fondo, de la agresividad siempre creciente que constituye la sociedad burguesa.

¿Quién calla, resignado, y dócilmente pone sus pobres lomos bajo las sillas de oro de los mandones y las cajas de hierro de los explotadores? Los que sufren el hambre y la miseria, llenan los hospitales y abastecen la cárcel y el prostíbulo.

El grito airado, la protesta altiva, el rugido soberbio que eclosiona como una dinamita de justicia clamando por la vida y el amor, no son hijos o frutos del dolor sino de la conciencia. Y es ese hueco obscuro del que sufre todo el mal que nos dobla y nos golpea, esa sombría cueva del que soporta el peso sin quejarse, lo que hay que iluminar, para que surja el hecho intenso y bravo que ha de tirar por tierra tronos, sillas y cajas de caudales.

Bien se ha ganado la sociedad burguesa, con las desdichas que en su seno ha creado, la muerte a tiro limpio, por la espalda, sin juicio previo y sin derecho a gracia. No inútilmente ha hecho de cada ser desheredado un reo, de cada potentado un insolente, de cada corazón un triste erial. Sanguinaria, feroz, avasallante, no ha respetado ni a los mismos niños, vendiendo a cualquier precio, en los mercados de las explotaciones, sus inocentes carnes, o entregándolos gratis al servicio de cualesquier soberbio.

Infame y vil, ha elevado a virtud el servilismo, premiando a los lacayos más canallas; ha santificado las pobrezas de espíritu más chatas, poniendo en los altares cuanta ñoñez ambula por la tierra; ha levantado estátuas a sus más foragidos defensores; ha glorificado las más ruines acciones contribuidoras a su afianzamiento, y ha, en fin, logrado abrir en cada pecho un surco tan propicio para la cobardía, que ya ni el dolor mismo se atreve, como Job, a lanzar a los aires sus lamentos.

Estamos en la noche más intensa que los siglos han visto: la noche sin estrellas, fría y húmeda, fautora de pavores y extravíos... ¡Y es preciso que la luz se haga!

¡Hombres golpeados por la bestia negra del autoritarismo! ¡Seres que perseguidos por la macabra visión de la miseria, sufrís silentes, toda humillación! ¡Almas que poseídas del espanto, preferís esconderos antes que atropellar a los fantasmas que mugen y amenazan! ¡Todos los que dolidos de algún mal, presas de algún temor, dobláis las frentes, esperando encontrar en la humildad, en la resignación y mansedumbre, la tabla salvadora o el consuelo que os hagan menos dura la existencia, sabed que sólo hay un camino digno que lleve rectamente hacia la vida: el de la rebelión!

Alzad las frentes, pues; sumaos a nosotros que hemos pulverizado en nuestro espíritu el sagrado terror que os acoquina, y desafiad la noche fría y húmeda que a todos nos rodea, para aventar sus brumas pegajosas, correr sus sombras, disipar sus nieblas y hacer que surja ante la humana estirpe ya redimida, el sol de la anarquía.

¡Alons!

Los deschaladores

(PASAJE)

Como se acostumbra para salir a la juntada del maíz, nos habían citado en sitio fijo para la partida. Allí concurrimos unos quince o veinte hombres, dispuestos una vez más a alquilar nuestros brazos y nuestro esfuerzo, sucumbir, enterrar nuestras vidas campo adentro, y perdernos entre los maizales, ¡todo por un peso y centavos la fanega, con el agregado de algunas otras condiciones impuestas por nuestro explotador!—Leyes de costumbre maicera,—así se nos dijo. En fin, las proposiciones de arreglo, según los «prácticos» que nos acompañaban al sacrificio, eran de las mejores.

—¿Qué mejor ocasión para los que vivimos bajo el peso de estos tres meses de invierno y escasez de trabajo?

A todo esto, algunos de nuestros acompañantes nos pintaban las bellezas de los dorados maizales que cubren parte de estos suelos del sud. La idea de las asperezas, el despotismo, la explotación de que íbamos a ser víctimas, lograron por momentos alejarla de nosotros. Olvidamos también esas mañanitas de frío, de heladas, en que los campos suelen estar empapados de rocíos y en los que hay que trabajar todo el día para poder manducar, mojado hasta la cintura, entre cardos, abrojos y brusquillas y con las manos sangrando, cortadas por las chalas.

¡Había que disponerse a todo esto para lograr arrancar la granada y dorada espiga que se esconde entre el follaje chalar!

Todas estas bellezas animaban a unos y encantaban a otros que a mi parecer estaban boquiabiertos sacando cuentas y más cuentas. Amigos, ¡y qué alardes de compañerismo!...

Por fin nos sorprendió la chata que debía conducirnos a la chacra, lugar de sacrificios y privaciones, pero, para algunos, como si después de varios días nebulosos vieran aparecer allá a lo lejos el sol ansiado. A mi me produjo el mismo efecto que si me hubieran abierto las puertas de un presidio...¡Qué iba a hacer! Debía de marchar al sacrificio. El medio actual y los que me rodeaban, así lo imponían. Viviendo en un régimen de explotación, circundado de mansos esclavos que ven como una «ley justa y humana» la existencia de pobres y ricos, no me quedaba otro remedio que trabajar por lo que la ley de la oferta y la demanda disponía...Y me entreveré con todos. Mientras terminaban de cargar algunas cositas más, tiré mi «mono» sobre la chata.

—¿Estamos listos pa marchar?—interrogó el conductor.—Sí, todos,—contestó una voz alegre,—y hasta la chacra no me pare.

Por el camino, mientras que algunos, acompañados de la bota de vino cantaban picarescas canciones, en otra rueda habíamos iniciado una conversación sobre las ideas anarquistas. ¡Qué anhelo de libertad hay en los hombres! Los conceptos vertidos por

los que formaban esta rueda, iban acompañados por expresiones que denotaban enorme sinceridad.

En buena o mala forma, llegamos a nuestra meta: con los huesos molidos y entreverados con las provisiones,—algunos miles de astillas, la consabida yerba, y azúcar, un barril de vino, galleta y otros artículos alimenticios. Llegamos por casualidad; y digo por casualidad porque la monótona marcha fué interrumpida múltiples veces por las tranqueras que con los alambrados aprisionan los campos.

Comenzamos a tirar «monos» y pilchas abajo, mientras el sol, a lo lejos, iba desapareciendo y la noche se aprestaba a tender su negro manto.

—¿Cuántos son?—nos preguntó el chacarero.—Quince,—le respondimos.

¡Quince hombres dispuestos al sacrificio, para enriquecerte a tí, gran gandul!—estuve a punto de gritarle.

—Pueden acomodarse en el galpón, como les venga bien. Por si acaso, ahí tienen unas chapas. Si no les alcanzan, arréglense con ellas, háganse un reparo.

Lástima que no nos mandara a todos a dormir al campo, entre las chalas.

—¡Eh!... En la cocina están las ollas, los platos y algunas otras cosas. ¿Quién es el cocinero?

—Yo,-contestó un criollito altanero.

Mientras algunos acomodábamos las pilchas para dormir en aquél viejo y húmedo galpón, otros ya volvían de entre los surcos, trayendo unas espigas, por cierto de las más grandes. Todos se deshacían en exclamaciones.—Está lindo el maíz...—Esto rinde un treinta...(¡Qué les importaría a ellos!)—Es demasiado bueno el patrón; con este maíz y este precio me viá a ganar siete u ocho pesos diarios.—¡Cuánto! ¿eh? Más gana el patrón y sin embargo no hace alardes como ustedes...—¡Yo no sé, amigo, cómo paga tan buen precio!

Y los hombres estaban alegres y risueños; se tornaban niños, charlaban con desembozo, como éstos, y brincaban de contento porque los iban a explotar una vez más, con más dulzura... ¡Qué cosa! ¡Cómo somos!

No pude aguantar más tiempo; aquella, atmósfera se me hacía pesada por momentos. Mis pulmones exigían aire fresco y puro; sentí una necesidad enorme de contemplar toda la magnitud de la naturaleza, objeto de explotación para los hombres. ¡Y gané el campo, qué caray!

FRANCISCO LATTELARO.

Tres Arroyos, 5 Mayo de 1923.

Reflexiones

I

Son las 18 y hará próximamente una hora que he vuelto del yugo, (del trabajo) que hoy embrutece, enferma y brinda vida plena no solo al Estado-gobierno y a los burgueses sino también al bacilo de Koch. Y, como es natural, entre mate y mate hojeo los periódicos, encontrando en uno de ellos un elogio al trabajo del presente, que más que elogio al trabajo lo es al salariado; y, francamente, cuando oigo pronunciar esta palabra: trabajo, van mis entusiasmos de un extremo al otro: desde el amor que imaginativamente construyo para el porvenir libre e igualitario, a esa ansia destructiva acicateada a cada paso por todo este ignominioso y autoritario presente.

Dejo los periódicos, meditando en esa gran palabra, mejor dicho en lo grandioso que será para el futuro el significado de la palabra trabajo, procurando olvidar por un momento que en la esquina, a pesar de la lluvia y del frío intenso, está el vigilante, perro guardián de lo que no es suyo ni lo será nunca, procurando olvidar también esa fagina negra que constituye la existencia desde el vigilante al presidente de la república. Y por un momento olvido el mal.

Pienso y discurro como si la tierra, el aire, el sol y el agua fueran atributos libremente asequibles para el hombre y que éste, libre y amorosamente los empleara para su felicidad; más aun, me imagino que la forma de relacionarse en todos los órdenes, es determinada y aceptada sin coacción, sin violencias: libremente. Entonces esta palabra trabajo suena en mis oídos dulcemente, asi como una pasión, un anhelo, una voluntad, un amor o una inquietud investigadora de no se sabe qué secreto guardado por la naturaleza, que le será legado a la humanidad por el trabajo del obrero artesano, sabio, artista o filósofo. Y mi imaginación entrevé campos cubiertos por doradas o verdes sábanas de mieses espléndidas, pan blanco y sabroso cual besos plenos, henchidos de amor que todos disfrutarán en el mañana. El taller, ¡qué hermoso poema cantará al son del martillo manejado por ese hombre libre que a medida que labre el hierro lo irá acariciando con el himno fecundo de su felicidad! Y el albañil ¡qué alegría no les impregnará a los edificios, mientras su blusa flamee como dando al viento la propia gran alegría de vivir! Y el laboratorio del sabio, como el taller del artista transformados en lugares tan comunes como son hoy la taberna y el garito político, ¡cuántos calores de gesta no incubarán para todos!

¡Oh, trabajo! Si no fuese por la inquisición maldita que hoy te obliga a crear para unos, derroches criminales, bacanales y poderíos omnipotentes, y para otros, pauperismos, esclavitudes y degeneración, serías el punto dinámico del vivir. Y lo serás, cada día más pronto y a medida que propaguemos más y mejor el verbo anárquico.

II

El socialismo, mejor, el marxismo en sus diferentes manifestaciones para la solución del problema social, tiene menos valor y eficacia que el que tienen los medicamentos que se recetan contra la tuberculosis en este medio paupérico que empuja a la sociedad hacia su degeneración, a pasos agigantados.

III

Si de la colectividad, sobre la cual descansa y por los esfuerzos de la misma avanza, se perfecciona y se engrandece el movimiento anarquista, se le ocurriera a un conocedor y sagaz observador imparcial, desmenuzar o analizar quiénes son verdaderos anarquistas y quiénes se dicen tales sin serlo, aun creyéndolo ser, y separar después a unos de otros, quedaría reducida esta colectividad a un número bastante pequeño. Hay compañeros que afirman que ellos no pueden ser mejores; otros están poseídos de una porción de odio y ansias de destruir tales, que hacen presumir en sus pechos una aridez total de amor; los de más allá son «anarquistas», pero en los gremios lo resuelven todo a golpes de imposición y decreto; su sueño dorado es el delegado oficial en la obra y en el taller, el reconocimiento, oficial también, del pliego; así el burgués a quien se le pide trabajo, antes de contestar exigirá el carnet; y la conciencia y educación del gremio casi la dejan totalmente librada a esto, que es hijo de mentalidades autoritarias, olvidándose que toda autoridad determina esclavitudes y rebeliones.

Mirado a fondo y con serenidad todo esto,—cosas y seres de nuestro medio,—se apercibe facilmente que lo que mueve a este medio es el odio, un odio enorme, odio justificado hasta donde se quiera, (porque no hay nada que vaya en contra de esta sociedad y sus defensores, que no esté de antemano justificado, por lo ruín, cínica y asesina que es ella); pero el odio no educa, no razona, no tiene inquietud creadora, no nos da nada ni nos hace aptos para el porvenir. El odio no es vida, es muerte; el odio se me antoja bolchevique o algo así, pero nunca anarquista.

En cambio el amor sí que es vida, es anhelante, es inquietamente creador, sublimiza y sutiliza nuestra materia y nos empuja al porvenir. El amor es anarquista.

E. LATELARO.

Cuadros interiores

Cosas viejas.

He vuelto a este rinconcito provinciano donde pasé mi infancia, esos inolvidables momentos en que todavía no se diseñan en el intelecto las preocupaciones de esta vida cruel y despiadada que sollevamos los que hemos nacido por consecuencias de este régimen en un miserable rancho de «palo a pique», con todo el bullicio de las grandes ciudades en la cabeza, y en la retina la visión de todas las obras del progreso de los grandes capitales. Será por eso que me ha asombrado el ambiente apocado de este pueblo a la antigua, que pretende con ridículo ademán imitativo, vivir «a la extranjera».

La legendaria indolencia criolla no ha sido aun aquí empujada por esa mano formidable que empuñando la herramienta, moldea, diseña el adelanto, abre paso a la ciencia y sacude el marasmo de los pueblos, llamándolos a la vida activa.

Los amplios caserones coloniales, todavía levantan sus mohosas paredes de barro cocido y sus ventanales enrejados cual cárceles tétricas, insultando al pensamiento innovador que, trastrocando los valores arcaicos, los saca de su murria de plomo y los enfila al porvenir.

Las plazas y paseos son los mismos que hace años he visto, en su monotomía desconcertante. Hoy abandonados y sucios, van desapareciendo para convertirse en ferias y mercados, sin que una mano diligente plante un árbol, arregle un tiesto o siembre una flor.

Los pocos árboles que quedan, secos y maltrechos, servirán de combustible al primer vecino audaz que quiera hacharlos, sin que nadie dé importancia al crimen que significa arrancar un árbol, que según declaraciones de las tontas leyes pertenecen, ¡oh ironía! a la colectividad.

¡Todos se quejan! ¡Es la mala administración comunal! No, no es la comuna burguesa ni el gobierno los culpables, es la vieja pachorra provinciana que le grita al progreso: ¡atrás!... Mientras por la vieja calle, angosta y llena de peligrosos baches, me hago estas reflexiones, pasa lenta una carreta tirada por seis bueyes famélicos, viejos como el alma de los hombres que los picanean, tan viejos como los vetustos campanarios, como los caserones coloniales donde duerme el espíritu de sus pobladores sus letales desganos.

¡Pobre carreta chirriante y desvencijada! Ella es la elocuente demostración del miedo al progreso, de la murria en que está sumido este obscuro ambiente. Y aquí son los anarquistas, como un flamante automóvil que pide a metálicos gritos: ¡Paso! Trendremos que atropellar la carreta, voltear el campanario y derruir el caserón antiguo, para que el camino sea ancho.

¡Parece mentira que esta naturaleza muerta, tuviera por marco los grandes picachos serranos, que en un esfuerzo de luz, tiran sus cabezas hacia el sol!

Las escuelas.

Aquí la ignorancia de educandos y educadores es pavorosa.

He tenido oportunidad de concurrir a una escuela del Estado y pude darme cuenta del caos que reina en estas cárceles, donde se emboba el espíritu tierno de los niños, llenándoles la cabeza de sofismas. Las maestras, pobres mujeres hambrientas, explotadas por los usureros, pues rara vez cobran sus sueldos, no tienen ningún amor hacia la enseñanza ni la más ínfimas nociones sobre la difícil ciencia pedagógica. El puntero es la razón más convincente para la solución de los problemas aritméticos; el coscorrón y la paliza es lo que impulsa a los niños a tragarse íntegros los textos, pues aquí se exigen las lecciones de «memoria», lecciones aprendidas por el miedo, que se olvidan apenas salen de clase.

Yo he visto cómo salen de clase estos mártires del sistema escolar burgués; atropelladamente, ansiosos de lanzarse a la calle, huyen despavoridos ni bien suena la campana, como presos que huyen de la cárcel, como ave que ha logrado escapar de la jaula. ¡Pobres niños! Pregúnteseles cual es el día para ellos más feliz y os dirán que es cuando no hay clase.

De estos niños, cuando alguno sale inteligente es por instinto, pero jamás por la enseñanza que recibió en la escuela.

Barrett escribía hace muchos años en el Paraguay lo siguiente:

«Tuve noticias de un instructor que recordaba a sus alumnos la forma del planeta, recomendándoles le miraran al bolsillo del chaleco, donde el reloj formaba una esfera. Por desgracia el día de los exámenes se olvidó de traer el reloj; en su puesto había una caja de fósforos. Todos los alumnos dijeron que la tierra era cuadrada».

Aquí se necesitaría la pluma magistral de Barrett para pintar en toda su desolada ignorancia, el espíritu de los maestros y su forma de educar a los niños.

Yo he preguntado a un hermanito que concurre al tercer grado, la forma de la tierra y no lo sabía, en cambio sabía muy bien un verso ensalzando el espíritu guerrero de la patria.

¡Asesinos! ¡Habéis petrificado el cerebro tierno de los niños con todas las mentidas glorias de un régimen tirano!

Los criollos.

...Y creí, a pesar de todo, que todavía había criollos en este rincón serrano, vale decir, hombres gauchos, valerosos y nobles que con sus inmortales andanzas de Quijotes fueran sembrando amor por todas partes. Me he equivocado. Aquí no hay más gauchos.

En las ranchadas miserables encontré la chusma esclava, borracha y pendenciera, caballeros de la mugre y del harapo, que sin un gesto de la indómita rebeldía de los hombres de ayer, vegetan entre el vicio. Los gauchos de poncho y daga que con el potro por aliado y la pampa por refugio, tuvieron a raya al bárbaro conquistador en mil gestas de hombría, ya no existen. Los últimos representantes de esa raza se los está comiendo la caña y la cobardía moral que agobia estos lugares tan bárbaros, tan faltos de hombres laboriosos, que moldeen esos cerebros brutos como el granito que extraen de las canteras.

¡Hacen falta gringos! Hombres que les inicien en los senderos del pensamiento, que hagan de cada indio un trabajador consciente, y entonces el norte argentino se hará más accesible a las ideas, más probable para el amor.

Mientras tanto, vuélquense los hombres sanos hacia el norte, porque aquí no hay gauchos, vale decir, no hay conciencias para la lucha.

ABRAHAM SCHOR.

Norte Argentino, Julio 27 de 1923.

Los anarquistas y el momento actual

Con el título con que encabezamos estas líneas, los Comités de Relaciones Anarquistas de Cataluña y España, han publicado un manifiesto. Como los paquetes de ejemplares de este manifiesto cayeron en poder de la policía, los camaradas editores nos han enviado, bajo sobre, un ejemplar para que lo demos a conocer por intermedio de nuestras columnas, y nos ruegan al propio tiempo una opinión sobre el mismo.

Y bien, ahí va. El manifiesto de referencia es, para nosotros, uno de los tantos manifiestos que publican en este mundo los compañeros, y especialmente los de esta república, (que influencia a todos de su espíritu farolero,) muy dados a escribirlos, a fundar grupos y sacar periódicos, pero tan vacíos de constancia, tan flacos de tesón, que es raro hallarlos capaces de llevar adelante, con empeño, la obra emprendida con braceo pomposo, los primeros días.

Lo único agradable del manifiesto de los camaradas de los Comités de Relaciones ya nombrados, es que el de ellos, a diferencia de los que se estilan entre nosotros, está bien escrito, y no al simple botón, pues surge en un momento de reacción burguesa, de guerra airada, que necesita ser encarada con valor, energía y decisión.

Por lo demás, nada trascendental encierra, nada que pueda llamar a nadie la atención, ninguna novedad, ninguna conclusión que no sepamos: una serie de reflexiones y comentarios atinados sobre la situación violenta por la que atraviesa el proletariado español, y como término, este broche final: «El único medio: la revolución», broche con el que se llega a este dilema: «O la reacción o la libertad».

Es, pues, como se comprende y lo hemos dicho, uno de los tantos manifiestos que en este mundo publican los compañeros y cuya «máxima publicidad» no resolvería nada para los camaradas que lo editaron en España y menos inserto en este periodiquito de piernas cortas, que no va tan lejos como quizá se lo suponen muchos.

No dudamos, sin embargo, que otros de menos cancha, sean capaces de insertarlo por aquí. ¡Somos tan faroleros, que entre nosotros decir que tenemos correspondencia con camaradas de Europa, es de lustre, de tono y suficiencia! Pero esto hay que perdonárnoslo. Ya pasará... cuando seamos menos superficiales.

Carta de un obrero

Mi buena compañerita:

No hace mucho tiempo me pedistes una definición del ideal que profesamos nosotros los anarquistas. Circunstancias adversas no me lo han permitido, mas al hacerlo hoy por medio de nuestro periódico, lo hago con el anhelo de que mis pobres pero sinceros razonamientos no caigan en el vacío. Que en el surco abierto de tu corazón, pues, sean feraz simiente que brota, florece y se dobla bajo el peso del fruto que ha de prodigarse generosamente en nuevos surcos, que al igual que el tuyo, necesitan no el vate soñador y ro-

Teodoro Antilli

—Antillí ha muerto.
—¡Oh! ¿cómo lo sabes?
—Acabo de leerlo en «La Protesta». Mira...

Y estas pocas palabras cambiadas con el amigo que me anunciara tan triste nueva, me apesadumbraron profundamente.

Recordé viejos tiempos de fervientes optimismos, cuando pichones aún todos, solía venir con Gonzalez Pacheco a esta achaparrada ciudad a hacernos una visita al puñadito de íntimos que ellos tenían por aquí. Recordé su aire modesto y su sonrisa suave, de un dejo triste. Recordé las charlas sostenidas durante varias horas en un café cualquiera, alrededor de unos humildes vasos que llenábamos y vaciábamos con alguna frecuencia, charlas que entonces suponíamos trascendentales, dignas de ser grabadas en la historia. Recordé, en fin, a los amigos que se fueron, pasándose a otros campos bien distintos de éste en el que continuamos permaneciendo nosotros...

Ahora se fué él también, aunque de muy diverso modo que los otros: firme hasta el último en sus trece, sin deshonrar sus ideas por las cuales un día lo llevaron a Ushuaia y más tarde, estoicamente, sufrió tres años de prisión sin pedir ni querer ningún indulto.

Sí, vamos quedando pocos de los viejos amigos...¿Cuándo nos tocará a nosotros? ¿Después de qué pesares, al pie de qué baluartes, frente a cuales enemigos, bajo qué cielos, sobre qué campos, en qué hora de paz, de lucha o de amor nos sorprenderá la muerte, como a éste hermano recientemente ido?

La vida es bella, sí, pero de amargas heces.

Amigos de hoy, jóvenes de veinte años llenos de energías y de entusiasmos con quienes me veo todos los días, compañeros que poseéis aun inmarcisa la flor del optimismo: perdonadme si con mis palabras os he asociado al duelo de mi corazón.

FERNANDO DEL INTENTO.

9 de Agosto, de 1923.

---

mántico, forjador de quimeras, sino el raciocinio que convertido en rayo de luz, destierre de vuestras mentes ¡oh futuras madrecitas de la generación del mañana! las nieblas que obscurecen vuestro entendimiento.

....

Anhelamos nosotros los anarquistas la implantación de una sociedad en la cual no existan explotados ni explotadores. Luchamos por el advenimiento del hermoso día en que podamos estrecharnos las manos fraternalmente, sin fronteras que nos separen geográfica y moralmente; por esa hermosa, grande y noble fecha, que ha de marcar por los siglos de los siglos, el alborear del majestuoso día, cuya noche anterior fué sepultada para siempre, después de haber sido arrancada de cuajo, por el esfuerzo combinado, natural y espontáneo de los desheredados, de aquellos que, aunque todo lo producen, solo les es permitido actualmente, hermanarse con el Dolor, el Hambre, la Miseria, en sus más nefastas manifestaciones, dentro del régimen de oprobio y vergüenza que hasta hoy soportamos.

...Y de que esto subsista ¿sabes quien tiene la culpa? Tu, yo, todos los oprimidos; todos los que preferimos rumiar nuestro descontento antes que exteriorizarlo en una varonil crispación de puños, nosotros que no temblamos en lo alto de los *rascacielos* y que animosos y serenos bajamos a las entrañas de la madre tierra para arrancar de ella las preciosas piedras y toda clase de minerales, con los que aumentamos diariamente las colosales fortunas de nuestros explotadores; nosotros, los bravos marinos que decididos y tranquilos, afrontamos las furias de la naturaleza en medio del mar bravío; los mismos que en el taller, en la fábrica y en todos los lugares en que se nos explota, tenemos la seguridad de que el microbio de Koch nos acecha para hacernos su presa segura. ¡Oh! Todo eso lo sabemos, pero tal vez, para aquél pobre compañerito, cuya tos persistente nos dice que sus pulmones caen a pedazos, destrozados por el maldito bacilo, adquirido en el taller, reproducido velozmente, favorecido por una constitución raquítica,—herencia de todo hijo del pueblo en el ambiente corrompido en que nace, se desarrolla y muere,—sólo tenemos el gesto medroso y ni una palabra de compasión. Es claro... es un tísico, está tuberculoso... Y tememos al contrario, como si ese pobrecito compañero fuera el causante de ello. Y ese temor criminal que denota en nosotros el instinto bestial de la propia conservación—egoistamente entendida—es el causante de todo. ¿Y quiénes temen, mi buena compañerita? Nosotros que nos jugamos la vida, sin temblar de las alturas, ni del vértigo; sin temor al *grisù* que puede enterrarnos vivos en las entrañas de la tierra, sin pensar una vez siquierá, que el barco que tripulamos es una mísera cáscara de nuez, que en un segundo puede ser sepultado en los abismos del mar...

Contra todo esos males, contra todo lo que signifique explotación, marchamos los anarquistas, llevando por finalidad el bien colectivo. Combatimos la ignorancia porque ella, hábilmente sostenida por los Estados, religiones y burguesías coaligados, no permite al trabajador ver claro, discernir con criterio propio, por lo que a menudo equivoca el sendero, en sus intentonas de reivindicarse en lo que en justicia le corresponde. Luchamos, pues, por la implantación de esa sociedad ideal que ha de fundarse, cuando los oprimidos lo quieran, teniendo por basamento la *Igualdad* la *Libertad* y la *Fraternidad* entre todos los individuos de la especie humana.

En ella, en ese laborioso colmenar, no tendrán cabida los zánganos ni podrán robarnos el fruto de nuestra común labor, los desalmados que a costa nuestra, sobre nuestro dolor y miseria y sobre el de nuestros hijos, acumulan hoy formidables fortunas amasadas con nuestras lágrimas, con nuestro sudor, con nuestra sangre. ¡No! Nada de este dolor subsistirá, porque Anarquía es por extensión, guerra a los explotadores, hasta su total exterminio y desconocimiento absoluto de todo lo que sea poder, leyes, códigos, sujeción, prejuicios, que no son más que pretextos creados por la explotación milenaria que venimos soportando.

Sostenemos que, sin nada de todo eso, no habrán odios posibles y en íntimo consorcio el músculo y el cerebro, desenvolviéndose libremente, harán que la Humanidad no carezca de nada y pueda encaminarse ¡por fin! hacia el mejoramiento progresivo y constante de la especie, en sus múltiples actividades y necesidades.

Aquí tienes mi buena amiga, suscinta y pálidamente bosquejada la finalidad que los anarquistas perseguimos y por cuya implantación luchamos, sin que nos arredren las vicisitudes, persecuciones e infamias de que nos hacen víctimas a cada instante nuestros verdugos.

Hoy, más que ayer, tenemos la certidumbre de que el gran día se aproxima. ¡Que el no te encuentre pues a retaguardia! ¡Que seas tú otra Rosa de Luxemburgo, sí es preciso! ¡Que te vea en las barricadas proletarias, levantando bien en lo alto el trapo rojo, símbolo de nuestro dolor, y en el que condensadas están nuestras ansias de liberación! Instrúyete, compenétrate bien de nuestro ideal, difúndelo, discute y razona, que no hay contra de él, argumentación sólida posible. El que discute con un anarquista puede ser un equivocado, un nó iniciado, o uno de esos tantos pobres *muertos en el camino* que no se han hecho a la luz.

Y si después de explicarle claramente lo que tu sientes, por qué estás de ello, perfectamente convencida, contesta a tus razones con un ideal de hambrientos, díle entonces que su lugar es el pesebre. O que es un lacayo del patrón, o un individuo cuyo cerebro es incapaz de crear, sentir, discernir o analizar; cerebro atrofiado quizá por una labor contínua y aplastante, donde al par que derrochó sus energías, perdió su dignidad, mientras enriquecía al amo...

¡Yérguete por sobre todas estas miserias! Por tu madrecita enferma, por tus hermanitos que carecen de vestidos, instrucción y alimentos, ¡abraza el ideal libertario! El no permitirá que la compañera sea una esclava del hombre, ni un adorno, ni un objeto de placer. ¡Nó! La mujer, en la sociedad anarquista, será la cariñosa colaboradora del compañero, porque, junto al bienestar que ellos se labren—(sin esclavitudes, a un nivel idéntico, con iguales derechos y obligaciones, regidos sus sentimientos por el cerebro y el corazón)—cooperarán al bienestar de la Humanidad.

Perdona Demasiado me he extendido. Si alguna duda aun guardas o hay en tu espíritu, no temas. Consulta a tu hermano de la infancia, que él ha de poder arrancarlas de tu almita pura y sensible, en la cual ansío ver, como un rosal rojo, en plena florecencia, la flor del Comunismo Anárquico!

¡SANTA CRUZ!...

Berisso, Junio 1923.

El mismo disco

Hemos dicho ya varias veces que la propaganda anarquista que realizaban nuestros Delegados era por demás deficiente, y lo volvemos a repetir, a trueque de hacernos algún enemigo. Para nosotros no tiene importancia una credencial firmada por ningún hombre, por más que este sea todo lo anarquista que se quiera. Nosotros miramos la labor que realizan la mayoría de los delegados que por más que estén metidos con patas y todo en el sindicalismo, siguen llamándose anarquistas, y llegamos a la conclusión de que la propaganda que ellos hacen, en la mayoría de los casos es nula. Ahí tenemos como ejemplo las crónicas que después de ocupar media página de un diario que por desgracia los escucha, no dicen sino que los «usados» son vividores y que tal o cual Delegado nuestro se ha tragado uno de la Usa Todo esto, hablando en plata, vale tanto como decir: «quítate tu que me pongo yo», porque nada enseña a nadie y menos a los trabajadores que, no es precisamente chismografías lo que necesitan sino enseñanzas y ponerlos al corriente de cómo y qué manera tienen que educarse; que una vez educados, cuando ellos por si solos puedan analizar las cosas, será inútil que salgan «usos» y Usas a hablarles de unificación y demàs tonterías. Hoy si siguen al primer pillo que se les presenta es precisamente por eso, porque nunca se han ocupado de educarlos. Y esta es la obra que nuestros Delegados tendrán que realizar, apartándose de ese espíritu de «quítate tu que me pongo yo,» que a nada conduce y que es muy viejo, dos razones de inutilidad que en bien de la propaganda es menester tenerlas muy en cuenta.

JOSÈ MATEHU.

¿Qué es la anarquía?

(De un manuscrito inédito de Kropotkin)

Traducido del periódico ruso «Golos Truda» (Voz del Trabajo) de Bs. Aires, fecha 7 de Julio de 1923, Nº 162, por el compañero J. C.

La anarquía es una teoria que aspira a la liberación integral del hombre del yugo del Capital y del Estado.

La liberación del yugo del Capital es el objeto fundamental del socialismo, demostrando ésta definición, que el anarquismo es una de las teorías socialistas. Desarrollóse, efectivamente, en los principios del 70 en el movimiento obrero socialista de las federaciones suizas, españolas e italianas de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Emanó de la idea, de que, si para libertarse del yugo del Capital, tienen los obreros que volverse siervos del Estado, que se haya apoderado de todos los medios de producción acumulados en la sociedad moderna, corrían los trabajadores, con este cambio de cosas, el peligro de convertirse en esclavos del Estado y perder hasta aquel poco de libertad personal que han conquistado en algunos países. Desarrollando ésta idea y observando la vida real, llegaron los anarquistas a la conclusión de que les corresponde rechazar no únicamente la idea del capitalismo estatal, predicado por muchos socialistas, sino también la idea de que los socialistas deben primero conquistar el poder en el Estado burgués actual con el fin de reformar después los derechos de propiedad en este Estado Lejos de ello, las organizaciones obreras, que se atenían a las ideas anarquistas, llegaron en el transcurso de estos treinta y tantos años, a la convicción de que los hombres que aspiran a la liberación del Capital, no tan solo no deben tender a apoderarse del Poder en el Estado actual, sino que la liberación del yugo del Capital será posible únicamente con la liberación simultánea del yugo estatal; que las mismas formas estatales fueron elaboradas con el fin de obstaculizar éste movimiento; y que el movimiento libertario recién irá alcanzando su objetivo, cuando haya ido debilitando todo el tiempo el poder estatal, tanto en el sentido de obtener mayor libertad y autoactividad de la vida local, como en el sentido de la limitación de los atributos del Estado, o sea, de las obligaciones que toma sobre si. Así, explicando nuestro pensamiento con un ejemplo práctico, ven algunos socialistas un adelanto en el camino hacia el socialismo, en el que el Estado se apoderase de los caminos férreos o bancos, por lo cual exigen en sus programas el monopolio del Estado sobre los bancos y caminos férreos. Los anarquistas, empero, ven en éste fenómeno un paso hacia el fortalecimiento nocivo del Estado.

Aun en la sociedad socialista, decimos, la concentración de una rama tan importante del patrimonio popular en manos del Estado, sería un peligro para la libertad de todos. Pero tanto más peligroso es éste fortalecimiento de la autoridad en el Estado burgués moderno ya que coloca un arma poderosa más en manos de la burguesía que ésta, a no dudarlo, empleará contra los trabajadores. Por eso prefieren los anarquistas, que los caminos férreos, una vez quitados a sus actuales poseedores, pasen à manos de grupos de obreros ferroviarios, (como la tierra, por ejemplo, que está en manos de comunidades rurales) y que las relaciones de estos grupos obreros con otros grupos, elaboráranse directamente, sin la intervención de la autoridad estatal, mediante el acuerdo mutuo. Los anarquistas obreros están convencidos de que relaciones semejantes, elaboradas durante el período revolucionario mediante acuerdos directos entre grupos de obreros y comunidades, sería en todo caso, preferible, a lo que podría elaborar un Estado o un parlamento nacional cualquiera.

En lo que concierne a las relaciones entre distintas partes de un país y diversas naciones, los anarquistas igualmente reconocen no tan solo el derecho absoluto de cada nacionalidad que componen los actuales Estados, de arreglar su vida interior, política y económica, del modo que a ellos mismos les pareciera mejor, sino que también piensan, que de los mismos amplios derechos de libertad y autonomía, deben disfrutar cada ciudad y cada comunidad rural. Y la unión de todas las ciudades, comunidades y regiones de un país determinado, debe basarse no en su sometimiento igual y general al gobierno central, sino en la unión voluntaria por el libre acuerdo. Los anarquistas están convencidos, que aunque la unión a base de acuerdos será en partes causa de disputas locales y transitorias, jamás ocasionarán éstas disputas, aquellos torrentes de sangre que ya fué derramada y se derramaría para mantener la concentración estatal de la autoridad y la unión forzada de distintas regiones bajo la égida de un poder central.

De este modo, y en oposición a los partidos social-demócratas, que aspiran a crear un Estado, en el que toda la autoridad estuviera centralizada en manos del gobierno y donde todas las ramas principales de la producción estuviesen bajo la dirección de este poder central omnipotente, los anarquistas aspiran a una organización en la que todas las principales ramas de la producción estuvieran en manos de los obreros, unidos en libres uniones de producción, y en manos de las mismas comunidades, que organizaran en su medio el usufructo de las riquezas comunes del modo que a ellos mismos les pareciera mejor. La necesidad de concesiones mutuas ayudará a elaborar relaciones mutuas justas, mucho mejor que lo hiciera cualquier poder estatal.

A eso hay que agregar que los anarquistas están convencidos que ni los socialistas estatales, ni aun los anarquistas, conseguirán instaurar el por ellos deseado régimen socialista o comunista de una sola vez, con una sola revolución. Los anarquistas están convencidos de que para pasar del capitalismo al comunismo, necesitaránse no una revuelta, sino varias. Considerando por eso, que el deber del hombre que comprende los problemas de la humanidad actual, consiste ahora mismo, no en sacrificar sus fuerzas al mantenimiento y fortalecimiento de los yugos, tanto del Capital como del Estado, sino, por el contrario, empeñar todas sus fuerzas en la tarea de debilitar uno y otro.

Asi como a ningún socialista sincero se le ocurrirá que el mejor medio para la liberación de la humanidad del yugo del Capital—es convertirse en explotador del trabajo humano, y después convertirse en benefactor al estilo de Carnegie o Nobel—así también debe ser claro para todo socialista sincero, que su obligación es no entrar en la máquina gubernamental, elaborada exclusivamente para la defensa de los intereses de capitalistas y señores feudales, sino tender junto con el pueblo a la elaboración de aquellas nuevas formas de unión política, que en una sociedad socialista fuesen capaces de

substituir las formas políticas existentes actualmente, elaboradas con el fin de dificultar la liberación de las clases laboriosas. Nos es, por lo menos, completamente claro, que todo fortalecimiento de la autoridad estatal en la sociedad burguesa actual, es un obstáculo más en el camino de la liberación de la humanidad del yugo del Capital. La entrada de obreros en las instituciones estatales aportará únicamente un nuevo caudal de fuerzas a ésta forma de explotación que poco a poco se va muriendo.

Resumamos brevemente lo antedicho:

El objeto final que persiguen los anarquistas consiste en elaborar por la experiencia de la vida, un régimen social en el que no hubiera ninguna autoridad estatal suprema, y el país presentara consigo libres uniones de libres comunas y grupos o cooperativas productoras libres, que surgieran a base de acuerdos mutuos y que resolvieran las posibles disputas entre sí, no mediante la violencia y las armas, sino por el arbitraje.

Unos y otros saben que al régimen comunista o socialista no se puede llegar de golpe, sin varias revueltas sucesivas, por lo cual ellos tratan de prepararlas antes en los espíritus, en las inteligencias, y después en los hechos, en la vida.

En este período preparatorio tratan, empero, los socialistas estatistas de apoderarse ante todo del poder, para lo cual hacen esfuerzos por participar en los parlamentos, para con el tiempo hacer su gobierno propio.

Mas, los anarquistas consideran todo esfuerzo que tienda al estatismo, nocivo, que obstaculiza la revolución contra el capitalismo, que estorba a la clara comprensión por los trabajadores de todo el daño del régimen capitalista, y que mantiene los mismos prejuicios, por los cuales se sostiene ahora la organización capitalista. De ahi que rechacen toda participación en el poder estatal, igualmente como se niegan a participar en la explotación capitalista, en la guerra por los intereses de la burguesía, y en la explotación de las creencias religiosas. Aspiran a provocar la auto-actividad de todo el pueblo — rural y ciudadano, — como asimismo de cada grupo o individuo aislado, para la elaboración de nuevas formas de libre acuerdo entre las uniones productoras y sociedades consumidoras, o sea, de aquellas nuevas formas de vida política, que fueran erigidas por el nuevo régimen de vida económica.

———

La palabra «Anarquía» del griego no - poder, no - autoridad) es, desde hace mucho, empleada por los defensores del «orden» y la propiedad para significar un estado de la sociedad, cuando el pueblo derribaba el yugo de las autoridades establecidas y empezaba, expresándose en su lenguaje, a «conmover los sagrados principios de autoridad y propiedad»... En el lenguaje de las clases poseedoras y dominadoras, era ésta situación la del caos, revuelta, desorden; pero la historia nos dice que estos períodos eran, precisamente, los períodos de revolución, de transformaciones, cuando se hundían las bases podridas de la vieja sociedad y se cimentaban los fundamentos de un orden nuevo, organización nueva, en la que los esclavos libertados vivían, más adelante, un poco mejor que antes.

En el mismo sentido de injuria y odio, empleábase la palabra «anarquistas» durante la Gran Revolución Francesa. Cuando en 1792 venció en París la comuna revolucionaria, elegida por todo el pueblo parisiense, para destronar al rey y realizar la revolución popular, y cuando en toda Francia vencieron los revolucionarios del pueblo, y cuando estos revolucionarios exigían de su parlamento (la Convención) la anulación de los derechos feudales sin indemnización, impuestos sobre los ricos, limitación del derecho de la posesión de la tierra, etc., diéronse las clases poseedoras y sus defensores en la Convención, que se conocían bajo el nombre de Girondinos, en llamar a los revolucionarios que exponían estas demandas, «anarquistas», enemigos del orden, revoltosos, cuyos fines son el caos y la confusión. Y empezaron a exigir el arresto inmediato y la ejecución de todos estos anarquistas, que no deseaban reconocer los derechos de propiedad y al gobierno establecido.

Hay que decir, empero, que durante la revolución francesa, el apodo «anarquista» dábase indistintamente a todo aquel que aspiraba a destruir el viejo orden y las viejas relaciones feudales, por medios revolucionarios. No solamente a aquellos pocos revolucionarios, quienes realmente negaban la necesidad de una fuerte autoridad estatal y no reconocían la propiedad privada, sino también a los que, a semejanza de Robespierre y Saint-Just, eran partidarios de una potente autoridad centralizada, pero que querían ayudar al pueblo a realizar la revolución contra los ricos. Todos los que tomaban el partido del pueblo y efectivamente realizaban el derrumbamiento de la vieja sociedad por medios revolucionarios y que exigían la igualdad, como principio de libertad, eran tachados de anarquistas, presentándoseles como enemigos de todo orden y de todo desarrollo pacífico de la sociedad.

Así formábase en el siglo XIX la noción de lo que es un «anarquista» y recién a mediados del siglo, en el 40, recogió Proudhon atrevidamente éste apodo y expuso la teoría sobre la anarquía,—teoría sobre la no-autoridad—como teoría libertaria, revolucionaria, llamada a tener gran porvenir. En el mismo sentido positivo y revolucionario fué la palabra «anarquistas» adoptada por la Asociación Internacional de los Trabajadores, elaborándose entonces las bases y principios del libre comunismo antiestatal.

Con la palabra «anarquista» sucedió, de éste modo, lo mismo que ocurre frecuentemente con los apodos a los partidos. El apodo lo dan los enemigos. «Miserables,» «descamisados», «sans-culottes», eran al principio apodos que tenían el objeto de rebajar este partido ante los ojos de la sociedad. Y después este apodo tornábase en nombre, mantenido con orgullo por el partido. (1) Lo mismo ocurrió con la palabra «anarquista.» Los partidarios del orden la empleaban a fin de provocar la animosidad contra los revolucionarios populares. En este sentido negativo era empleada en 1793 y por los primeros historiadores de la revolución francesa que la describían desde el punto de vista burgués. Pero cuando el papel desempeñado por estos revolucionarios empezó a ponerse en claro y se hizo evidente que hasta un mal tan grande, como la servidumbre feudal, hubiera subsistido aun después de la revolución, si aquellos que eran conocidos bajo el apodo de «anarquistas», no hubieran realizado en toda Francia la abolición violenta de estos derechos, y no hubieran obligado a la Convención a legalizar ésta abolición,—entonces la palabra «anarquista» empezaron a emplearla ya en otro sentido... (En estas palabras se interrumpe el manuscrito).

(1) En el calendario republicano de 1793 los 5 días que sobraban del año de 12 meses de 30 días cada uno, eran consagrados a los revolucionarios del pueblo y llamábanse «saint-culottides», en recuerdo de la revolución popular antiautoritaria.

Correo de "Ideas"

Casa del pueblo y biblioteca popular. *Rosario.*—No publicaremos la, para vosotros, «Aclaración importante». Que sea vuestra Casa del pueblo «la única institución» de tal nombre que existe en esa y se reune todos los jueves a las 20 horas en Catamarca 1862, no impide que pudiera haber o formarse otra de igual nombre; ni creemos tampoco que aspiraréis a detentar ese nombre. La cuestión estriba en no hacerse la guerra, y mucho menos, sorda, en no estorbarse y en perseverar en la obra de propaganda o de cultura que cada cual se haya propuesto. Vosotros sabéis que entre uno que charla y no hace nada y otro que hace y no charla, es preferible este último. Sabéis también que al que nada hace, no le es difícil mantenerse limpio, inmaculado, virgen, y en cambio el que trabaja se ensucia siempre. Sabéis, en fin, que no por mucho madrugar, amanece más temprano, o lo que es igual, que no está en los primeros pasos de la marcha la seguridad del equilibrio, sino en las más robustas piernas. Sabéis, pues, lo suficiente como para no abatiros por tropiezos más o menos. Tened presente, además, respecto a vuestro escrito, ya que este es muy largo y en exceso detallado, para una aclaración tan corta y de poca monta, que nuestra prensa, pequeña y de aparición quincenal, requiere en cuanto a la actualidad, un poquito de frescura, para que no resulte fiambre lo que en ella apareciere; y vuestro asunto es de fines del mes de Julio. Y en cuanto a las quisicosas más o menos personales o de círculo, se requiere que sean breves y sin visos de trascendentales. Por otra parte, vuestro asunto vió la luz en otras hojas, y lo lógico es entonces que sea en ellas donde se hagan las aclaraciones. Los lectores del día antes son los del día después; y a los nuevos no les interesa lo que tiene un antecedente que desconocen. En fin, no os olvidéis tampoco que tenemos un «gran vocero», proclamado a cada rato «representante del anarquismo de este país» (aunque haya sido necesario, a veces, darle desde afuera golpes a su timón para fijarle el rumbo a la anarquía) gran vocero donde bebemos «la colectividad» todas las aguas que día a día nos sirve; con lo que queremos decir que cualquier cosa que se publique en ese vocero, ninguno la ignoramos, o, lo que es lo mismo, que no vale la pena llenar nuestras periódicas prensitas con cuestiones baladíes o secundarias, cuando su misión y su eficacia, si tienen alguna, son o deben ser mucho más trascendentales, de mucha más virtud doctrinaria y de cultura, por la misma razón de su pequeño formato y de su aparición de largo en largo. Y nos os enojéis de esta notita que, si es para vosotros, también lo es para muchos que suelen no tener en cuenta nada de lo que aquí decimos, cuando de publicar sus grescas locales se trata· Mas si pensáis enojaros, leed primero ese fragmento de Rodolfo Rocker que titulamos «Para entre nosotros» y que hemos transcripto del suplemento semanal de «La Protesta», fragmento que va hoy en estas páginas. Y si después de leído persistierais todavía en daros por ofendidos, entonces, compañeros, dad por no escritas estas líneas, y salud.

Anacleto R. Avila. *Chabás.*—Sí, compañero, publicaremos el artículo de Mella que Vd. ha recortado de «Tierra y Libertad» de Barcelona, periódico que, sea dicho entre nosotros, no se ha dignado jamás corresponder a nuestro canje, y eso que nunca, mientras él no aparecía, dejamos de enviarle «Ideas» Y lo publicaremos porque, como Vd. lo manifiesta, «vería con agrado» que lo reprodujéramos, no porque nosotros estimemos necesario darlo en estas páginas, ya que al respecto, como es sabido o visto, «Ideas» realiza, practicamente, al tenor de los hechos y con bastante frecuencia, la crítica a esa especie de censura previa que se estila hasta en el periodismo revolucionario, «canasteando» a cuantos nos discuten, y contra la cual censura hace su comentario el articulista.

José Cardella. *Necochea.*—La parcialidad del diario de «la colectividad» con respecto a Vd. y la compañera Juana Rouco, publicando los ataques contra Vds. que Christián les enviara y no dándoles calce para la defensa, a pesar de lo fea que resulta, si pensamos sobre todo en la actitud tan distinta que asumen en esa «casa» cuando son atacados por los ofidios de la U. S. A. y de la A. L. A., esa percialidad, decimos, de que Vd. se queja, no crea que nos toma de sorpresa. Es una cosa que sucede entre los hombres ¡ay! con muy mucha frecuencia. Cuando cualquiera, por una u otra causa, no cae en gracia o está malquisto, no debe esperar ser atendido como desea. ¿A qué pues, perdió Vd. tiempo, enviando a «La Protesta» su artículo de defensa contra los ataques, si Vd. sabía que en esa «casa» no los quieren bien? Hubiera en cambio enviado una «voz fraternal», durante la campaña del «documento» y quizá se le hubiera dado curso. Ya sabe Vd. el refranejo: «lo ancho para mí, lo angosto, etc». Pero sea magnánimo con ellos, compañero: perdónelos, son hombres. Y es esta condición, no la del anarquismo, fraterno, igualitario y de justicia que propagamos, es esta condición la que, por ofuscación a veces, y a veces por subconciente antipatía, nos hace caer en los mismos errores que criticamos. Hágamos, pues, la gracia de autorizarnos a no publicar su artículo sobre las parcialidades de «La Protesta», que al fin y al cabo aunque lo publicáramos, nada habría adelantado Vd., ni como vindicación de «las calumnias» de Christián, a quien solamente de paso nombra en ese artículo, ni ante «la colectividad», tan siempre sordo y ciego tribunal para estos casos o tan ineficaz como el pueblo mismo ante el gobierno.

El Judío Errante. *Berisso.*—No publicaremos su artículo referente a «El Peludo», su director y las colaboraciones o «ensaladas rusas», como Vd. las llama, que se insertan en ese cien veces bifronte, bigardo y bisojo bisemanario. Hace mucho tiempo que hemos dicho y probado más que lo que Vd. dice hoy y prueba de él. Si hay quien no ha podido ver todavía todo lo que tiene de barroco ese *bi*, como de uñas su dueño, nosotros no tenemos la culpa. Déjelo, pues, al pobre, comer su pan tranquilamente, con su revolucionarismo de mostrador, que mientras haya quien lo pague como de ley, igual que sus consultas o *visitas* de a dos pesos, él proseguirá haciendo la pata ancha como cualquier cacareador de oficio.

P. D. Fusco. *Gral. Pinto.*—Está bueno su artículo «El fantasma de Lugones», pero discúlpenos si no se lo publicamos. No vale la pena ya, meterse con tal individuo. Tan «más abajo de si mismo» se ha puesto, que hasta sus mismos compatriotas se han creído con derecho a felpearlo. Y cuando a uno hasta los perros lo mean, ¡la pucha si hederá feo!

Guillermo Lopez. *Armstrong.*—Un artículo sobre Wilckens, no es por ahora para la publicidad. Acaba de decirse todo sobre la tragedia de Santa Cruz, la muerte del multihomicida «pacificador» y el martirio de nuestro heroico compañero. Cuanto alrededor de esos sucesos se continuara repitiendo, no añadiría nada a ellos ni levantaría a nadie, como no se les tome para una campaña de rebelión. Comprendemos sin embargo el estado de ánimo suyo, al escribirlo. También Vd. quiso decir algo al respecto, conmovido y airado ante ese incalificable asesinato. Pero ya lo habíamos hecho nosotros cuando llegó lo suyo, y para más después resultó tarde. ¿Qué hacemos entonces con su artículo?

Juan J Bardal. *Avellaneda.*—Déjenos de «documentos», compañero. Ya los bichos esos han quedado sucios y aplastados y nosotros estamos de asco hasta la coronilla. Además no nos resulta esa manera soez de desenmascarar. Diríjase mejor a «Antecedentes». Allí hay buenos estómagos. Y perdone, hermano.

Juan Carnasola. *Perez Millán.*—Si ese Lorenzo Bustamante, anarquista que ha sufrido palos y persecuciones, aspira ahora a meterse de milico, ¿cree Vd. compañero, que si publicamos su «Carta abierta» dirigida a él, dejará de lado esas aspiraciones? Por el contrario, nosotros creemos que si la publicamos, de rabia nomás es capaz de meterse más rápidamente a polizonte. ¿No le parece, pues, más práctico, que si ella ha de ejercer alguna influencia en él, se la enviara Vd. particularmente? Por otra parte, si los palos policiales que ha sufrido, no le han hecho odiosa esa institución, no piense que su carta le haría mella. Y si le haciera, sería transitoriamente. Más tarde o más temprano se hará milico. El que comienza a flaquear llega hasta el último.

ADMINISTRATIVAS

Recibimos las siguientes cantidades:

Avellaneda.—A. Rodriguez 18.00.

Buenos Aires.—B. González 6.00, J. Espluga 1.00, A. F. Herrera 1.00, H. Savoia 1.00, J. Regina 0.50. Por intermedio de «La Protesta», 6.75, ignoramos de quienes pues se nos extraviaron los nombres, y E. Latelaro 3.00.

Baigorrita.—J. Pereyra 0.40.

Ensenada.—G. Broncano 1.00, J. Buscavidas 1.70, J. Lopez 1.00.

Fuerte G. Roca.—W. Marcos 5.20 por «Ideas» y 2.00 por nuestro folleto.

Gral. Madariaga.—R. Ruiz 3.00, C. Sojoguti 3.00, C. González 1.00, E. Bencite 1.20 por suscripción y 1.00 por donación, M. Fernandez 2.00, J. Apolo 1.00, P. Sanchez Barba 1.20, M. Ortiz 1.20, P. Barrio 2.00.

Gardey.—V. García 1.00.

Iro. Luiggi.—J. B. Pereyra 1.00.

Irene.—M. Souza Luz 1.00.

Lanús.—C. Beaufays 0.60, J. Fraga 2.00, J. Cavallo 0.20, R. García 0.20, A. Marcos 0.20, E. Serrat 0.20.

La Plata.—S. Graiver 1.00, A. Souto 3.00, J. Cúneo 6.00, Venta de libros donados por José Pesce 3.50, Por venta de «Ideas» 2.90, D. Paladino 1.00, C. Rizzo 1.00, E. Comotti 0.50, A. Fernandez 2.00, A. Placencia 1.00, M. Benotto 1.00, J. Bogoni 0.50, F. Vallejo 2.00, Juan Pesce 2.00, M. Vali 0.40, Biasi 0.50, Atili 1.00, R. Barros 2.00, Avendaño 0.30, J. Speroni 1.00, J. Bennassar 1.00, C. D. Molinari 2.00, F. Padilla 0.40, Hallados en la plaza durante la conferencia del 5 de Agosto 0.45, A. Illio 0.30, Soc. Obreros Mosaístas 10.00.

Perez Millán.—J. Carnasola 1.00.

Pirovano.—M. Urtazún 0.50.

Quilmes.—F. Ortiz de Zárate 2.00.

Rosario.—J. García 2.00, M. Guevara 9.

Sundblad.—J. Bardullas 1.50.

Talleres.—El negro 0.20.

Tigre.—D. Ainstein 5.00 directos y 5.00 por int. de «La Protesta».

Tres Arroyos.—F. Lattelaro 2.00.

Tandil.—L. J. Bonino 2.00.

Villars.—L. Parra 1.20.

Zárate.—J. Lamelas 5.00.

Total de entradas $ 154.70

Salidas.—Impresión del número anterior y de éste (2.300 ejemplares cada uno) $ 188.00. Franqueo para ambos y correspondencia $ 22.00. A la Agrupación «Ideas» por venta de libros donados por José Pesce $ 3.50. Total $ 213.50.

Del número anterior $ 203.50 más $ 154.70 de Entradas son 358.20, menos 213.50 de Salidas, restan 144.70 para el siguiente número.

PARA «LA ANTORCHA»

Gral. Madariaga.—Manuel Ortiz 1.20.

Irene.—Manuel Souza Luz 2.00.

PARA EL COMITÉ PRO PRESOS

Perez Millán.—Juan Carnasola 0.50.

La Plata.—Antonio Fernandez 2.00.

Tandil.—Luis J. Bonino 1.00.